

Acaba de salir el “Documento de Participación” con vistas a la V Conferencia del CELAM que se celebrará en el 2007 con el tema central: *“Por el encuentro con Jesucristo, discípulos y misioneros en la comunión de la Iglesia Católica, al inicio del tercer milenio, para que nuestro pueblos en El tengan vida”*.

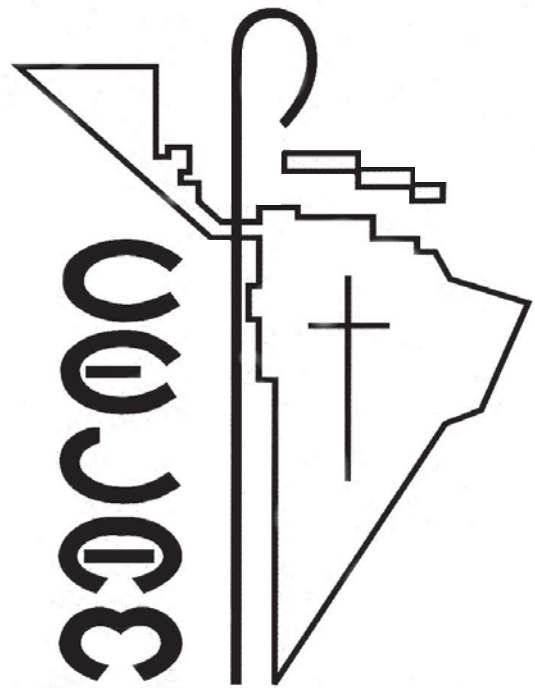
# Una mirada contemplativa sobre la realidad

Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano

por padre Jesús ESPEJA, O.P.\*

El encuentro con Jesucristo, conlleva una relación interpersonal que nos hace “discípulos y misioneros”; según Mc 3,13, Jesús llamó a los que quiso “para que estuvieran con él y para enviarles a predicar”; no hay misión sin seguimiento, y “estar con Jesús” entraña ya la misión. En la comunión de la Iglesia Católica, ese misterio –realidad profunda, penetrada por la presencia encarnada de Dios– que se vive y se gusta pero nunca es definible. Como el seguimiento de Jesucristo significa “re-crear” en la propia historia la conducta histórica de Jesús, el discipulado y la misión sólo pueden tener lugar en el tiempo: “en el tercer milenio”, y en una sociedad: “nuestros pueblos” de América Latina. Finalmente se indica el objetivo de la Iglesia evangelizadora: que las personas y los pueblos “tengan vida” en plenitud; así entendió Jesús de Nazaret el objetivo de su misión (Jn 10,10). Pero se añade una precisión atinada “en El”; porque hay una vida física, una vida psíquica; una organización económica y una organización política. Esos y otros grados y ámbitos de la vida humana quedan integrados en la buena noticia de salvación que Jesucristo proclamó, hizo realidad en su propia historia y sigue realizando, gracias al Espíritu, en la Iglesia y en el mundo. Pero esas dimensiones de la vida humana no agotan la buena noticia: por una cercanía benevolente de Dios en el acontecimiento Jesucristo, toda la humanidad y toda la creación han sido acogidas, destinadas y potenciadas gratuitamente para ser más de lo que son, para llegar a una plenitud de vida.

He procurado seguir de cerca y con gran atención las distintas Conferencias del Episcopado Latinoamericano: Mar del Plata, Medellín, Puebla, Santo Domingo. En todas ellas se destacó proféticamente una realidad sangrante: el empobrecimiento injusto de las mayorías y la dependencia



inhumana de estos pueblos. Esa denuncia de la situación injusta tuvo inspiración profética y debe ser mantenida como aguijón saludable para toda la humanidad y clave para una buena evangelización. Durante algunos años viví con entusiasmo en estos pueblos latinoamericanos la efervescencia de los pobres que, animados por su fe cristiana, se pusieron en pie, y trataron de organizarse para conseguir la liberación de tantas humillaciones denigrantes. Medité muchas veces el pasaje donde se cuenta cómo Pedro, al encontrarse con un hombre tullido que le pedía limosna, le dijo: “no tengo oro ni plata, pero en nombre de Jesucristo ponte de pie y camina”. Entendí

que anunciar al Dios revelado en Jesucristo, significa comprometerse de verdad a que los seres humanos, tan tullidos y paralizados muchas veces por las espinas de la existencia, sean ellos mismos y caminen por su cuenta. En esa orientación me ayudaron de modo especial los proféticos documentos de Medellín.

Pero han pasado varias décadas y el sistema económico que mundialmente se ha impuesto, sigue adelante, insensible y sordo al gemido de los pobres. Su ideología inhumana, ya en un proceso de globalización, genera cada día más excluidos, más pobreza y dependencia en estos pueblos de América Latina. Con la dura experiencia de estos últimos años, convencido de que la Iglesia no puede abandonar la causa de los pobres y debe mantener vivo el reclamo de la justicia, me he preguntado una y otra vez: ¿nos quedamos en la denuncia? ¿cómo incidir desde el evangelio en las políticas económicas y en el dinamismo social en que se puede mejorar la suerte desgraciada de los pobres?

Sobre todo con la iluminación de los documentos conciliares, tuve claro que la misión de la Iglesia, y por tanto de la evangelización, no es “de orden económico, político o social”; el fin que Cristo le asignó es “de orden religioso”. Pero el Dios revelado en Jesucristo, es un Dios de los hombres y defensor de los pobres; por eso el encuentro personal con ese Dios que tiene lugar en la fe cristiana, ilumina y amplía el horizonte para que la economía, la política y las instituciones busquen y aporten soluciones más humanas. Así la Iglesia, que anuncia la buena noticia de Dios revelado en Jesucristo, incide sin remedio en el tejido económico, político y social, pero ¿cómo?

En esta coyuntura, leo con agrado la inspiración y el planteamiento nuevo que se vislumbra para la V Conferencia del CELAM: “desplegar toda la riqueza del encuentro con Jesucristo”; ayudar a que crezca “una Iglesia viva fermentada por la experiencia de la gracia de Dios”. Sin abandonar la denuncia de la situación injusta y el compromiso político que implica la fe cristiana, se ve un empeño en dejar bien clara la misión religiosa de la Iglesia tratando de animar una espiritualidad encarnada como seguimiento de Jesucristo. La fe no se reduce a compromisos políticos ni a estrategias para liberar a los pobres; más bien es el encuentro personal con Alguien, que a todo da vida y aliento, que está presente como amor activo en todas sus criaturas; a quien podemos encontrar en todas las circunstancias y a pesar de todo. En esta perspectiva parece diseñado y redactado este “documento de participación” para la V Conferencia. Es como una mirada contemplativa sobre la realidad.

“*La voz del tiempo es la voz de Dios*; El nos habla a través de los acontecimientos y de las situaciones por las cuales atravesamos en nuestro peregrinar”. Aquí se atisba sin dificultad el eco del Vaticano II: “el pueblo de Dios, guiado por el Espíritu del Señor, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con

sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio del Señor”.

Los pueblos latinoamericanos “han sido muy bendecidos”; y esta bendición “convierte a nuestro continente en el Continente de la Esperanza”. Es una mirada contemplativa desde la fe, dilatación de las pupilas para descubrir la presencia fundante y el paso de Dios encarnado “en los anhelos más hondos de nuestra existencia”, “en los deseos de vida y de felicidad”, “en el hambre de amor y de justicia, de libertad y de verdad”; “en nuestras búsquedas donde se abre camino nuestra sed de Dios y late la vocación al cielo”. Los obispos latinoamericanos hablan como creyentes: “somos buscadores y peregrinos”. Nada tienen que ver con los profetas de calamidades porque creen que el Espíritu está presente y actúa en la evolución de los tiempos, haciendo brotar y crecer las semillas del Verbo en los surcos de nuestra tierra. “Dios no quiso abandonarnos en este mundo” y “su amor infinito se reveló en el rostro de Cristo”. La encarnación es el sí definitivo e irreversible de Dios a favor de la humanidad; y en lo más profundo de nuestro ser puja “la vocación al encuentro con Aquel que es Amor, Paz y Felicidad, y a la concordia propia de la comunión de los santos”. Ocurra lo que ocurra, nuestra historia se teje bajo el signo de la bendición, y nuestro futuro está ya habitado por la gracia.

“Hay situaciones muy dolorosas, por ejemplo, la persistencia de la pobreza; otras muestran dudas y emancipaciones, mientras otras hablan con gratitud *de la siembra de vida nueva*, de dones y carismas que el Espíritu Santo sigue haciendo en nuestra Iglesia, en América Latina y en el Caribe”. No es una mirada parcial y quejumbrosa sobre la realidad. Tampoco una mirada ingenua. Es una mirada contemplativa, que taladra la superficie para encontrar al Dios que “está siempre en camino hacia el mundo”. Los obispos de América Latina quieren ser portavoces de un Dios encarnado en el dinamismo de la realidad histórica. No se instalan en la queja ni en el anatema con el mundo. Han recibido nuevos ojos para ver no sólo grietas y heridas de la sociedad sino también para descubrir y proclamar los signos de vida en la nueva situación que hoy viven el mundo y estos pueblos latinoamericanos. Esa mirada contemplativa, inspirada en el amor ante lo nuevo que quiere nacer y generadora de serenidad, puede ser una vez más mensaje de vida y de renovación que la Iglesia de América Latina ofrece a las Iglesias del primer mundo: la encarnación del Verbo garantiza la presencia de Dios en nuestra historia, con nosotros y a favor nuestro. Los deseos de Pablo para los primeros cristianos siguen teniendo actualidad hoy para todas las comunidades cristianas: “que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo ilumine los ojos de vuestro corazón, para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados” (Ef 1,18). Ω

\* *Profesor de Teología.*